

El Motín

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

AÑO XVII. MADRID 15 MAYO 1897. NÚM. 20

EL MOTÍN

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PAGO ADELANTADO

Madrid y provincias, trimestre, 1,50 pesetas.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 5 céntimos.—Atrasado, 10.—Corresponsales, 25 números, 75 céntos. La correspondencia al Administrador de EL MOTÍN. Cincuenta por ciento de rebaja á los suscriptores directos en los libros de esta casa. Almanaque de regalo.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, pral.

BROMAS DE LA PROVIDENCIA

Aun dura en París la consternación producida por el incendio del bazar de la Caridad en la pasada semana.

Los periódicos de allá vienen henchidos de horripilantes descripciones; los escritores más eminentes han dedicado sus plumas al relato de esa catástrofe, que alcanza gran resonancia por el lugar donde se ha desarrollado, en plena vida de placeres y de elegancia, y por la clase social á que pertenecían las víctimas.

Ha sido aquello un zarpazo cruel de la fatalidad. Las damas, saturadas de perfumes, con su sedoso cutis, que sólo podía descansar entre sábanas de Holanda, y sus finos miembros, rebeldes á toda fatiga y habituados á estremecerse con voluptuoso desesperezo sobre lechos de amor ó mullidos asientos de carruajes, han ardido como antorchas de grasa, saturando el ambiente primaveral de París con ese hedor de músculos achicharrados, que es el más infernal de los olores.

Así como el siglo pasado se despidió de París desde el tablado de la guillotina, mojando sus pies en sangre de marquesas y duquesas descabezadas por la cuchilla de la revolución, el presente, todavía más cruel, ha confiado á la casualidad lo que en otros tiempos fué obra del furor popular, y próximo á su muerte se ha dado el gusto de tener como blandones funerarios los cuerpos de las principales mujeres de la aristocracia, enterradas entre maderos ardientes.

Los detalles son horripilantes. Los bomberos no sabían cómo desenredar la madeja humana carbonizada que se había formado en las salidas del tétrico barracón, donde cayeron las víctimas entrelazando brazos y piernas con las ansias de la agonía, enroscándose unas contra otras como serpientes que se muerden y pelean huyendo del bosque incendiado. Tocaban un brazo negro y resquebrajado como brasa de carbón, y el miembro se deshacía entre sus manos; pretendían cojer una cabeza y retrocedían con horror viendo que el cuero cabelludo, con sus escasos pelos chamuscados, se deshacía al contacto de los dedos como tostada arenilla, dejando al descubierto la pelada calavera; y como ironía espeluznante, sobre aquel montón de cok humano quedaban intactos todos los alardes y engaños de la vanidad humana; dentaduras postizas, añadidos de cabellos sueltos y esparcidos en la precipitación de la fuga; brazaletes de oro y esmeraldas; pendientes de brillantes; girones de seda y raso achicharrados y retorcidos por las llamas como pavesas de papel.

¡Compasión para las infelices víctimas que

fueron allí á reír y divertirse á cambio de dar su dinero á los pobres! Muchas de esas mujeres carbonizadas tenían hijos; sus familias recordarán por mucho tiempo la horrorosa catástrofe; pero bien dice el refrán español que *los duelos con pan son menos*, y si es que el destino, la fatalidad, el mal ó como quiera llámérsele, para aliviar el mal humor que le causa la alegría de los humanos necesita desahogarse con esta clase de zurriagazos, más vale que dirija su látigo á las alturas, donde sólo puede afligir con la muerte, que á los oscuros abismos sociales, en los que la muerte trae para los que sobreviven el más temible de los acompañamientos, que es la miseria.

Pasado el primer momento de impresión y asombro, hora es ya de hablar de la catástrofe con serenidad de criterio é independencia de juicio.

Media hora antes de estallar el incendio estuvo en el Bazar de la Caridad el Nuncio de Su Santidad. Las católicas y realistas damas de la aristocracia parisién quisieron, como siempre, ungir con el aparato de la religión sus mundanales fiestas, en las que se anudan galantes relaciones y se dan las citas para la noche.

El Nuncio, en nombre de Dios y de su representante León XIII, bendijo el barracón; bendijo todos los objetos que iban á venderse y rifarse; aseguró la protección del cielo para el Bazar de la Caridad, y efectivamente, apenas desapareció la morada sotana, la divina protección se manifestó haciendo arder la barraca por los cuatro costados y enterrando bajo los ardientes escombros á más de un centenar de señoras, que, como buenas católicas, creen á ojos cerrados en la Providencia. Esto de la bendición del Nuncio ha tenido buen cuidado en callárselo la mayoría de la prensa eunuca de España, cuya única obligación consiste en engañar al público tragándose la verdad.

Si la catástrofe del Bazar de la Caridad hubiese sido obra de los anarquistas, como se creyó en el primer momento, á estas horas media Europa pediría el exterminio de los criminales y estarían ya engrasando la guillotina para cortarles la cabeza sin pérdida de tiempo.

Seamos lógicos. A ver; dígame qué debe hacerse ahora con esa Providencia, con ese poder supremo, en nombre de la cual los que se llaman sus legítimos representantes prometieron seguridad á una obra caritativa, y á pesar de que ella todo lo sabe, todo lo prevé y conoce el porvenir, no supo ó no quiso evitar una catástrofe que iba á carbonizar más de cien madres de familia; no de las impías, no de las que por su miseria nada pueden dar á los representantes del Señor, sino damas realistas y buenas católicas, de las que pagan misas á gran orquesta en las parroquias de París y van en peregrinación desde el barrio de San Germán á Roma para depositar en holocausto á la buena causa miles de francos á los pies del pobre prisionero del Vaticano.

Hay que tener valor en las convicciones y exponerlas sin miedo. Vale más la verdad ruda y brutal que la hipocresía repugnante. Hay que decir á gritos lo que á estas horas piensan en silencio miles y miles de personas ilustradas. Yo siento como el que más esa desgracia. Ante la catástrofe y la muerte no hay clases sociales; esas aristócratas carbonizadas eran madres, eran esposas; tenían maridos que las lloran, padres que las lamentan, pobrecitos niños que en vano esperan á la mamá tendidos en el sillón donde la blanca y

ensortijada mano acariciaba sus rubias cabezas. Pero si esa bofetada de la fatalidad tenía que haber caído sobre las infelices mujeres de rostro exangüe y pecho enflaquecido que procrean al ejército de la miseria en los barrios malsanos donde se amontona el rebaño obrero; si debía estallar como explosión de *grisú* en el fondo de la mina repleta de seres laboriosos, en la fiesta popular donde se agrupan los hambrientos ó en el edificio en construcción, aplastando bajo escombros y andamios á los miserables que no tienen Nuncio que los bendiga ni rentas que dejar á sus hijos, entonces, mal por mal, mejor es lo ocurrido, y alabemos á la santa casualidad, que esta vez ha soltado su perversa iniciativa por todo lo alto.

En la cumbre son más visibles los sucesos que en la sima. Acojamos la catástrofe de París con su eco universal y sonoro como una verdad brutal, como una demostración feroz, pero beneficiosa, porque después de esa hecatombe, forzoso es reconocer que aquí todo es obra del acaso, que el mal es la única verdad, que la Providencia es un mito consolador, pero mito al fin, cuya falsedad se encargan de mostrarnos los sucesos. Y si hay empeño en que sigamos creyendo en la Providencia, convengamos también en que la tal Providencia merece un grillete, que debe suprimirse como cosa nociva, y que es más terrible que los más empedernidos anarquistas, pues las bombas del Liceo y de la calle de Cambios Nuevos resultan juegos infantiles comparadas con esa broma macabra que se ha permitido con las católicas señoras de París y el Nuncio de su Santidad.

Bueno es que el mal se reparta. Para que se igualen las catástrofes que diariamente sufren abajo los que ganan su mendrugo mojado de sudor y sangre con las que de tarde en tarde sufre la gente que no trabaja y se divierte, aún falta llenar muchos renglones en la cuenta de éstas. Casi todos los días leemos, con la concisión y sequedad que merecen los desgraciados, noticias de horrendas catástrofes que dejan hogares vacíos y niños sin pan. Unas veces sopla la galerna y en las costas cantábricas se lleva al fondo del mar unas cuantas docenas de barcas repletas de pescadores; otras se desploma una mina y días después sacan de entre los escombros la papilla humana; y... ¡al hoyo! y en ese mismo París donde el incendio del Bazar de la Caridad ha producido tan honda sensación, rara es la semana de invierno en que no se asfixia con carbón una familia de obreros sin trabajo, y en todo tiempo, diariamente, dos ó tres seres impulsados por el hambre, no teniendo qué llevarse á la boca, se van á comer barro en el fondo del Sena.

¡Qué demonio! Ya que el mal es inevitable, que haya un poquito para todos. Lo único que puede consolarnos á los pobres que trabajamos para malvivir, lo que logra contenernos por unos cuantos años más, es la consideración de que el dinero no lo puede todo, y de que la riqueza, así como es impotente para sobornar á la gran revolucionaria é igualarla, que es la muerte, tampoco evita de vez en cuando que la desgracia y la catástrofe se ceban en los privilegiados. Esto será muy brutal, pero es muy consolador. No hay uno que pueda negar la verdad y la justicia de este consuelo.

Lo que más indigna en esta sociedad no son las desigualdades; es la hipocresía.

Aún no hace año y medio que en San Petersburgo, con motivo de la coronación del czar, perecieron cerca de diez mil personas. Eran

infelices *mujiks*, campesinos hambrientos, andrajosas mujeres, anémicos ancianos, famélicos niños que vivían en las pocilgas de sus aldeas, produciendo para que el señor ruso derroche por Europa, y sin otro alimento que un mendrugo de centeno. El czar coronado les ofrecía pasteles, aguardiente, abundante ración de caviar, y con tal ímpetu se arrojaron sobre el banquete, con tanta fuerza empujaron sus estómagos hambrientos, que se derrumbaron los tablados, y pateados bajo los maderos murieron á miles.

Por todo epitafio, aquel rebaño despanzurado sólo mereció algunos telegramas en la prensa de toda Europa.

Y, sin embargo, esas ciento veinte víctimas del Bazar de la Caridad, de las que se hablará medio año, resultan una insignificancia al lado de la tortilla de los diez mil rusos.

La magnitud de la desgracia se mide por el traje de las víctimas, por lo que comían y gozaban antes de morir.

¡Oh farsa humana! Bendita sea la muerte, la desgracia, la catástrofe, que se encargan de abrirnos los ojos, de demostrar con fiero golpe lo ridículo de nuestras categorías sociales, del régimen de castas, de esas desigualdades en el goce del bien.

¡Todos iguales ante el mal! ¡Qué hermoso es esto! La dama parisién carbonizada, con sus harapos de seda y sus pulseras cubiertas de hollín, es una cantidad igual á la campesina rusa aplastada y revuelta en sus guñapos. Súmense las dos desgracias, á pesar de la inmensa diferencia en la resonancia y la consternación pública, y el resultado será el mismo. Total, miseria humana; podredumbre para el restaurant subterráneo; un plato más en el cubierto del gusano, único señor del mundo por derecho propio.

BLASCO IBAÑEZ.

DEL LOBO UN PELO

Que todo progresa es tan indudable, que hasta la Iglesia católica, á pesar de sus pretensiones de inmutabilidad, procede hoy de bien distinta manera que procedía.

Aquellos frailes austeros é intransigentes que por un quitame allá estas pajas negaban la absolución nada menos que al mal humorado Felipe II, son ya inverosímiles.

Hoy los reverendos padres jesuitas, las tías Javieras del catolicismo imperante, tratan el importantísimo negocio de la salvación muy de otra suerte.

A transigir con el demonio, á consentir el pecado, preferían los infelices fraílucos de otras épocas el martirio y la muerte: los reverendos P.P. de la Compañía de Jesús se conducen hoy de manera bien distinta. Sus procedimientos se inspiran, únicamente, en la máxima popular que puse por epígrafe á estos renglones, y que sintetiza las aspiraciones y procedimientos de los católicos modernos. Prueba al canto, y conste que el documento que transcribo á continuación lo copio sin quitar ni añadir punto ni coma, y hasta con la ortografía del original:

«En la villa de G... á 16 de Septiembre de 1896 y á las doce de su mañana se reunieron los que suscriben en la casa de D. A. F. calle T. y con asistencia de D. L. S. E. y en representación de su consorte C. F. B. la profesora de Instrucción primaria D.^a G. N. Esta le hizo presente al S. el objeto de la reunión y verificado cedió la palabra al Reverendo Padre D. Francisco Tarín, quien en nombre de todos, rogó á D. L. S. que cualquiera de los cuatro hijos legítimos que sólo tiene incluidos en el Registro Civil lo sea á la vez en el Canónico puesto que así también lo deseaba D. C. F. madre de ellos, á cuyos ruegos manifestó el D. L. S. que sus convicciones y creencias le imponían el deber de no imponer á ninguno de sus hijos religión alguna positiva excepción de la moral pues deseaba que cuando tengan

conciencia de sus actos, eligieran cada uno la que mejor estimasen, añadiendo que en atención á considerar que las santas leyes de la razón manda que iguales derechos tengan los cónyuges y teniendo el S. seis hijos, de ellos sólo dos dentro de la religión católica, dejaba en completa libertad á su consorte D.^a C. F. para que ejercitara sus sagrados fueros imponiendo la religión reconocida por nuestra Constitución á cualquiera de sus cuatro hijos, Leandro, Luz, Palmira y Demófilo, por entenderlo así de justicia como marido tolerante y á la vez como *prueba* de agradecimiento para con todos los que le han honrado en tan respetable misión. Así lo manifestó el S. quedando convenido en que su hija Palmira fuese elegida por D.^a J. R. E. y D. F. de C. y G. para que en la noche de hoy recibiera en la Parroquia el Santo Sacramento del Bautismo haciendo éstos de padrinos.

Todos prodigaron frases de agradecimiento al Sr. S. y firman la presente acta que le entregan para los usos que pudiera convenirle. A. F., G. N., F. de C. y G., A. N. R. R., J. R., R. B. y V., A. T. y C. Francisco Tarín.»

¡Qué tal les ha parecido á ustedes el acta? ¡Qué opinión formaría de los sacerdotes que la autorizan aquel severo dominico, el P. Diego de Chaves, que rehusó oír en confesión á Felipe II por su descuido en proveer justicia á algunos de sus vasallos?

¡Un padre misionero de la Compañía de Jesús rogando á un hereje que le permita bautizar á uno de sus cuatro hijos, y transigiendo con que se lleve el diablo á los otros tres!

¡Un jesuita dando las gracias á un librepensador porque le consiente que remoje el 25 por ciento de los occipucios que tiene de secano!

¡Vivir para ver!

MICRÓFILO.

LO DE LEÓN TAXIL

¡Cuánto yerra el hombre en sus juicios, y cuán expuesto á equivocaciones es el hablar de cualquier asunto sin perfecto conocimiento de causa! ¡Ay!

Por lo que el telégrafo decía juzgué la conducta de Taxil en la Conferencia que había dado, y lo puse como mis lectores vieron.

Hoy, que he leído la Conferencia, mantengo todas mis afirmaciones y censuras contra los traidores que se pasan del librepensamiento al catolicismo, ó viceversa, por el afán de medro, pero declaro que Taxil no se encuentra en ese caso.

No ha sido traidor; se fué al catolicismo con el propósito de reirse, de divertirse, de seguir una broma (á las que siempre fué muy inclinado). ¡Y qué broma! Archimonumental. ¡Y contra quién! Contra el Papa, los cardenales, los obispos, y en fin, contra toda la clerecía.

La lectura de la Conferencia hace desternillar de risa. Como nota cómica, es de primer orden; nunca nadie la dió igual, ni siquiera la inventó. Imposible poner en solfa con más gracia al clericalismo.

Todo dios de cabeza, desde León XIII al último cura, sirviendo de juguete á la socarrería de ese hombre. ¡Ellos, los listos, los suspicaces, los desconfiados, aceptando como verdad inconcusa las invenciones más absurdas y haciendo que la prensa católica las esparciera por el mundo, en odio al liberalismo!

A título de curiosidad, pero más aún con el piadoso objeto de que los liberales se rían con ganas, estamos imprimiendo la Conferencia y la pondremos á la venta la semana próxima al precio de 15 céntimos.

Como traición, hubiera sido reprochable; como *guasa*, es la mejor que se ha dado, por la calidad de las víctimas de ella.

Por esto el clericalismo está furioso. Contra el traidor Taxil, todas las armas podían y debían esgrimirse. Contra el burlador Taxil no hay defensa; deja el clericalismo en espantoso

ridículo, y ya sabemos que el ridículo mata mejor que arma alguna.

La publicación íntegra de la Conferencia es el golpe más rudo que hoy puede asestarse al clericalismo.

Por esto la publicamos, dando la razón al escritor que ha dicho: «Lo de León Taxil ha sido el timo de los perdigones dado al Vaticano.»

MÁS DEFINICIONES

DEL DICCIONARIO MILITAR DE ESTÉVANEZ

Juramento. Se exige á los reclutas con cierta solemnidad que juren fidelidad á la bandera, lo que no pasa de ser una reminiscencia de otros siglos. Si se cree que les impresiona y les obliga el aparato de esa ceremonia, debe modificarse la fórmula del juramento, que es todavía la católica; existiendo en España la libertad de conciencia, no debe imponérsele ese juramento al que profese otra religión ó no profese ninguna. Y de mantenerse inalterable, deben quedar exceptuados del servicio los que no sean católicos.

Música. En todos los regimientos hay una *banda de música*; los batallones de cazadores tienen su «charanga». Son útiles en las marchas, guarniciones y cuarteles, porque alegran al soldado; no lo son tanto en la guerra, ya que tienen escasas ocasiones de tocar y disminuyen el número de combatientes. Algunas veces, al marchar las columnas al ataque, ó al asaltarse una brecha, pudieran las músicas animar y entusiasmar á la tropa; lo malo es que en esos momentos desafinan demasiado y se les oye mal con el estrépito de la fusilería.

Redimirse. Librarse del servicio militar mediante el pago de una suma. Con semejante injusticia quedan *redimidos* los ricos, y aunque en general no pierden mucho la patria ni el Ejército, la iniquidad es irritante. La patria es idea, es sentimiento, pero es también territorio; ¿y han de defenderla, precisamente, los que no tienen más territorio que la fosa común?

Rendir. Obligar al enemigo á entregarse, es más que vencerlo. *Rendirse* es entregarse; entregar una plaza, fortaleza, convoy ó punto que se custodia. — *Rendir armas y banderas* para hacer honores, es demasiado honor; sólo se hace en España, donde se le *rinden* al Nuncio. ¡Parece mentira!

Represalias. En nuestras guerras civiles se ha llegado hasta el abuso en el crimen de las *represalias*, especialmente por parte de los carlistas. La represalia es una venganza odiosa, condenada por la civilización. Fusilar prisioneros, por ejemplo, fundándose en que lo hace el enemigo, es bárbaro. Sin embargo, hay ocasiones en que las represalias son ineludibles; cuando el enemigo desoye ó menosprecia las denuncias ó advertencias que se le dirigen acerca de sus infracciones de los usos de la guerra. En este caso puede acudir á la injusticia de las represalias, dejando la responsabilidad al enemigo.

Tribuna de arengas. En los campos romanos se elevaba una tribuna para los oradores, que eran muy oídos aun siendo legionarios. Los ejércitos griegos habían dado mucha importancia á la música; los ejércitos latinos se la dieron mayor á la palabra, que también es música. Los españoles tenemos algo, pero no mucho, de latinos y de griegos; nuestro parentesco más cercano es con los almorávides, que eran más graves, y con los árabes, que eran más belicosos y más serios; de lo cual resulta que no necesitamos discursos ni conciertos para pelear.

Voluntario. Soldado que se alista voluntariamente. — Véase REEMPLAZO. — La experiencia ha demostrado que el mejor soldado posible es el que se engancha por su voluntad, por su inclinación y por su gusto. Aun haciéndolo por impulsos de la necesidad, tiene el consuelo de que no se le ha obligado, de que ha obedecido á su propia inspiración; y si la necesidad es angustiosa y la satisface ingresando en el Ejército, se encariña con éste, se apega al uniforme y es un buen soldado. No se comprende la contradicción en que incurren tantos oficiales: cuando se presenta un voluntario lo reciben y lo tratan bien, prefiriéndolo á los demás reclutas, pero cuando se habla de alistamientos voluntarios se oponen resueltamente. Si se tratara de alistar y regimenter poetas, ó filósofos, ó teólogos, ó zapateros, no se aceptaría el ingreso universal, no se admitiría el servicio obligatorio, no se filiaría á todo el que llegara; sin embargo, se pretende que para soldado sirva todo el mundo, lo cual no ha sucedido jamás. Por otra parte, los poetas y los otros, aun siendo malos, no harían daño á

nadie, en tanto que los malos soldados serían la ruina de la patria y quizá la deshonra del Ejército.

CRÍMENES DEL CARLISMO

EL CANÓNIGO TRISTANY

...Había nacido en una casa de campo en las inmediaciones de Ardebol y tuvo por maestro en sus primeros años al párroco de este pueblo. No hay que decir, pues, que fué educado en el santo temor de Dios.

Ya talludito, huyendo de la esteva y el azadón, como hacen muchos, la gran mayoría, siguió la *carretera de cura*, y á los veinticinco años de edad fué ordenado, á pesar de su escasa inteligencia.

Tres años después, en 1822, fué uno de los realistas más furibundos y exaltados que aclamaban á la Inquisición y á Fernando rey absoluto; reclutó gente, se echó á las matas, y á la cabeza de una de aquellas partidas de bandoleros cometió tantos crímenes, crueldades y excesos, que á instancia del barón de Eroles fué procesado y preso.

Vencidos los constitucionales y entronizada aquella reacción que no tuvo más medios de gobierno que el patíbulo y el puñal, fué Tristany puesto en libertad; se le devolvieron las licencias para celebrar, y sus manos, tintas en sangre de inocentes víctimas, volvieron á elevar en los altares la hostia consagrada; y aquel rey infame, el peor de los reyes y el más perverso de los hombres, Fernando VII, recompensó los crímenes de Tristany dándole una canongía en Guisona y ascendióle después, en 1826, á otra en la catedral de Gerona.

¿Qué le faltaba á este canónigo para ser un buen cabecilla carlista? Muerto el rey chulapo, fué de los primeros en alistarse en las filas carlistas; y Carlos, atendidos los méritos que había contraído asesinando liberales, y á su dignidad de canónigo, le nombró mariscal nada menos.

Desde entonces, la vida de Tristany fué una serie no interrumpida de crímenes; su historia la de una hiena; sus hazañas las del peor de los monstruos que pudiera encontrarse en los presidios, si el más malo de los presidiarios no fuera un angel modelo de inocencia y de candor al lado de este buen canónigo.

Allá van algunas de sus hazañas.

Con sus hordas de asesinos, ataca á Monistrol de Monserrat, y porque no puede apoderarse de los liberales que se habían hecho fuertes en la iglesia á pesar de haberla hecho incendiar, enfurecido, hace degollar sin piedad alguna á desvalidos y débiles ancianos, á pobres é indefensas mujeres que llorando tratan en vano de ablandarle, á inocentes niños que ningún mal le habían hecho. No satisfecho con tanta sangre, anima á los suyos para el saqueo y la destrucción, *autorizándoles para todo*, y allí se cometen los crímenes más horrorosos, la violación y el asesinato van juntos, y en pos de ellos el robo y el incendio.

Pide desde Monistrol raciones en gran cantidad al pueblo de Caldas, y cuando llega á esta población, porque aquel pobre vecindario por falta de medios no había podido prepararle todas las que pidió, lo entrega al saqueo más feroz y se reproducen en Caldas los horrores de Monistrol. El robo, la violación y el asesinato primero; después el incendio, del cual únicamente se salvan cinco casas defendidas por los liberales.

Perseguido por las tropas liberales huye de Caldas, incendia más tarde á Arebós, y asesina en Castellfullit á ocho liberales de Igualada que tenía prisioneros.

Enterado de que parte de la guarnición de Solsona ha ido por el correo á Cardona, logra sorprenderla y no da cuartel á nadie; cincuenta de aquellos infelices fueron acuchillados en mitad del camino, y aun tuvieron suerte, porque los otros, refugiados en una casa, fueron quemados, pues Tristany la incendió y allí perecieron. No contento todavía, ávido de más sangre, hace acuchillar á cincuenta soldados de la legión extranjera, belgas la mayor parte, y á muchos quintos de Zamora que juntamente con los belgas habían caído en su poder.

En Cardona degüella á los guardadores de las salinas y hace asesinar después á cincuenta y un hombres que custodiaban el correo de Cervera á Tarragona.

Allí donde pone los pies deja Tristany huellas sangrientas, lágrimas, luto, desolación y ruinas. Es el azote de los pueblos, el nuncio de la muerte.

En los montes de Panadella hace prisioneros á trescientos soldados mediante capitulación, en la cual se estipula que sus vidas serán respetadas; pero, ¡horror causa el pensarlo! aquel miserable hace al día siguiente encender una gran hoguera, y los pobres

soldados son llevados de quince en quince junto á ella, y allí se fusila; en seguida, cuando muchos están agonizando todavía, son arrojados á la hoguera.

Había jurado la ruina y destrucción de Calaf, porque esta población era liberal y no quiso nunca abrir sus puertas á los carlistas. Valiéndose de la perfidia, y puesto de acuerdo con un matrimonio que habitaba cerca de la muralla, consigue introducir cincuenta de sus esbirros en dicho pueblo; pero no puede lograr el canónigo sus propósitos, pues advertidos á tiempo los liberales, se aprestan á la defensa. Entonces aquel bandido, dando de una vez más rienda suelta á sus feroces instintos, saquea é incendia setenta casas que tenía en su poder, y después de las más repugnantes escenas de violación, hace que sean asesinadas muchas infelices mujeres, por el enorme delito de ser esposas, madres ó hijas de los liberales.

También era Solsona una población liberal y bien defendida contra los carlistas. Pero en Solsona había obispo, que tenía lo que llaman familiares y un buen palacio, para mortificarse mejor sin duda.

Los familiares de este santo obispo sobornaron á un guardia nacional, desertor carlista, que estaba de centinela en dicho palacio convertido en fuerte, y de acuerdo con Tristany abrió aquél una noche una de las puertas, entrando los carlistas con mucho sigilo.

Sorprendido el cuerpo de guardia y asesinados casi todos los liberales, los que pudieron escapar dieron la voz de alarma y corrieron con sus compañeros, mujeres é hijos á refugiarse en un convento de monjas, donde se hicieron fuertes. Abrióse después otra puerta junto al palacio episcopal, y entró Tristany al frente de sus bandidos dispuesto á llevarlo todo á sangre y fuego.

Sin comida, sin agua y viéndose reducidos á la más extrema necesidad hasta el punto de tener que beber sus propios orines, los liberales lo resisten todo y todo lo prefieren á caer en manos de los carlistas; hasta que después de once terribles días de estar sitiados, medio desfallecidos ya, fueron librados de una muerte horrorosa por tropas liberales al mando de Meer, que llegaron cuando la resistencia era ya imposible.

Ni el obispo ni sus familiares fueron fusilados...

Queriendo vengar anteriores desastres, se entrega este canónigo en el Ampurdán á los actos más brutales y repugnantes; el robo, el saqueo, las violaciones, el incendio, cuantas crueldades y violencias se conocen—dice un historiador—eran practicadas por aquellos vándalos sedientos siempre de sangre. Sólo puede comprenderse el exceso de sus horribles crímenes, al ver que los mismos que simpatizaban con la causa carlista se tuvieron que armar, y todo el país, para defenderse de aquella manada de fieras.

Del producto de los robos hacia Tristany una parte para la junta carlista que en Cataluña representaba á Carlos, y esta junta, que llegó á contar en su seno á arzobispos, canónigos y otras dignidades, lejos de desaprobare, «dispensaba, alababa y toleraba» las infamias de aquel bandido. En cambio, esta santa junta hizo cargos al general carlista Urbizondo, porque éste, en dos alocuciones dirigidas á los carlistas que peleaban á sus órdenes, «no nombraba á Dios ni á su adorable providencia—textual—palabras muy gratas al más católico de los reyes y á su religioso ejército, y en cambio se hablaba de derechos sagrados y sociales».

Urbizondo, que era todo lo bueno que puede ser un carlista; Urbizondo, que no degollaba á inocentes niños ni quería hacerse cómplice de las infamias de Tristany, fué destituido por intrigas de dicha religiosa y escrupulosa junta, mientras Tristany recibía de ella toda clase de auxilios y apoyo, y seguía impunemente cometiendo toda suerte de crímenes, infamias y horrores, envenenando trece pellejos de vino en cierta ocasión, como ya dijimos, recurriendo tan pronto al puñal como al incendio, tan pronto á la violación como al robo, degollando vivos mujeres y ancianos y arrojando agonizantes á las llamas á pobres soldados asesinados de su orden.

Tristany no fué nunca excomulgado por ningún obispo ni arzobispo. Era muy religioso.

PERIS MORA

UN SABIO Y UN CARÁCTER

Ha fallecido en Sevilla el doctor don Anastasio García López, hombre que dedicó su vida á las ciencias naturales y á las filosóficas morales, ocupando puestos preeminentes en Universidades y centros republicanos, masónicos y espiritistas, y habiendo escrito varias obras importantes.

Al conocer su gravidad, pues hasta última

hora conservó el conocimiento y el goce de sus facultades mentales, hizo buscar á sus testamentarios un pliego que contenía su última y suprema voluntad, y después de recomendar que ésta se cumpliese, hizo entrega del referido pliego, que escrito de su puño y letra, firmado y rubricado por él, dice así:

Nota sobre mi entierro.

«Si yo falleciese en Madrid se me dará sepultura en el cementerio civil del Este. Si falleciese fuera de Madrid y hubiese cementerio civil en la población donde esto ocurriese, se me dará sepultura en él; pero si no lo hubiese, se me enterrará en el católico, aceptando las prácticas de la Iglesia para evitarse disgustos; mas quiero que conste que no pertenezco á ninguna religión positiva, sino á la de la ciencia y de la moral, tal como la entienden el Espiritismo y la Masonería.

Las esquelas mortuorias ó anuncios de mi defunción se redactarán en términos que no expresen relación alguna con religiones positivas.

El entierro será modesto, evitando los gastos superfluos y de ostentación que significan solamente vanidad. La misma observación hago respecto á la lápida que pongan en mi sepultura.

Mis testamentarios darán aviso de mi defunción á las principales sociedades á que pertenezco, que son: la de Hidrología Médica, la Fraternidad Universal, la de Escritores y Artistas, el Grande Oriente Nacional de España, el Círculo Republicano Centralista y la Dirección General de Sanidad.

Madrid 26 de Febrero de 1892.—Anastasio García López.»

Cuando tantos claudican, hay que admirar y ensalzar á los que, como el Sr. García López, perseveran hasta el fin.

Honremos y respetemos su memoria.

NUESTROS FOLLETOS

La prensa ha acogido la publicación del *Primer folleto* como había derecho á esperar. Podremos estar divididos los liberales y destrórnos mutuamente, pero todos nos unimos para combatir al enemigo común.

En la imposibilidad de reproducir cuanto la prensa ha dicho, nos limitamos á copiar estos párrafos de *La Autonomía* de Reus:

«Cada ejemplar de este folleto cuenta 15 céntimos, aunque vale como argumento democrático é histórico un dineral.

Hay que comprarlo, regalarlo á los amigos y tirarlo en plazas y calles para que llegue á manos de todo el mundo.

El folleto que recomendamos mata moralmente por sí solo más partidarios del rey de los carlistas, que todos los Mausers de nuestros bravos soldados podrían matar en el campo de batalla.»

Animados en nuestra labor por la ayuda de la prensa liberal y por la extraordinaria venta que el 1.^{er} folleto ha alcanzado (8.000 ejemplares en diez días) el lunes próximo pondremos á la venta el 2.^o, con este sumario:

Fusilamientos en Olot.—Sentencia contra Jergón, segundo de Rosa Samaniego.—Salvajes de boina.—Horrores en Chelva.—Bohemios de la realeza.—Extracto del proceso formado contra Rosa Samaniego y consortes.

Y el jueves daremos el 3.^{er} folleto con el sumario siguiente:

Prisioneros muertos de hambre.—El prior de la Calzada de Calatrava.—Un cura infame.—El canónigo Tristany.—Asesinatos en Puertollano.—Saqueo de Liria y asesinatos.—Saqueo de Chiva y asesinatos.—Saqueo é incendio de Alcorisa.—Robo y destrucción de Montalbán.—Destrucción de Soneja, robos y asesinatos.—Envenenamientos en Pinos.—Pau Mañé.—Torres.—Jara.—Más crímenes.

Y á estos seguirán cuantos sean necesarios hasta compendiar los numerosos y horribles crímenes del carlismo, que hoy se trata de presentar como el salvador de España.

UNA BUENA IDEA

De acuerdo *La Antorcha Valentina* con *La Conciencia Libre* y algunas entidades librepensadoras, van á poner á la venta unas hojitas quinceanales, iguales en

forma y tamaño á las tituladas «Hojitas Populares,» que venderán á menos de su coste; ó sea á

UN REAL EL CIENTO,

(franqueo por su cuenta.)

Ya ven los librepensadores por cuán poco pueden hacer una formidable propaganda de nuestras ideas. En dichas «Hojitas» irán trabajos sencillos, á fin de que puedan ser leídos y entendidos por los menos ilustrados, que son los que más lo necesitan.

Que nadie se proponga lucrarse con dichas Hojas. Son para repartirlas gratis por las capitales, por los pueblos y por las aldeas; por todas partes.

Si los librepensadores secundan á esos dos queridos colegas, en algunos meses podrán hacer una tirada de algunos cientos de miles de Hojas.

Para facilitarles este trabajo, pidan á los amigos de cada pueblo que procuren ponerse de acuerdo con el fin de hacer los pedidos y pagos, en junto.

Como muestra, remitirán una Hoja gratis á cada uno de sus suscriptores y corresponsales.

Los pedidos pueden ser formulados indistintamente á la administración de *La Antorcha* ó á la de *La Conciencia Libre*. (Valencia.)

La idea es excelente para contrarrestar la embrutecedora y calumniosa propaganda que los frailes y jesuitas vienen haciendo.

COSILLAS

De La Correspondencia Militar:

«Gracias al Ejército, hemos escapado de decir de Filipinas lo que se dice del calavera empedernido: que se pierda por sus hábitos.»

Buena estocada á los frailes, y más dándosela un periódico militar y conservador.

Sirva de enseñanza lo pasado, para que en adelante no tenga España que pagar los vidrios que rompan esos señores de los hábitos.

Si han de continuar allí, áteseles corto. Aunque lo mejor sería que en un día dado los agarrasen á todos y los desembarcaran en Fernando Póo ó las Carolinas.

Saldríamos así ganando, tanto los filipinos como los peninsulares.

Preguntas de El Baluarte, de Sevilla:

«¿Tiene conocimiento el Sr. Leguina de las reuniones que con gran frecuencia vienen celebrando algunos curas afiliados al partido tradicionalista en la iglesia del vecino pueblo de Coria del Río?»

¿Sabe el Sr. Gobernador civil de la provincia de qué se ocupan en esas reuniones celebradas de noche y á las que tratan de envolver en el misterio?

Nosotros del asunto sólo sabemos que esas reuniones comenzaron poco tiempo después de haber regresado á España de Venecia el Marqués de Cerralvo.

A los gobiernos de la restauración les va á pasar con los carlistas, lo que á muchos que guardan dinamita con un fin poco ortodoxo. Al menor descuido les estalla en las manos, y resultan ellos las primeras víctimas.

Remediéulo, que á tiempo están todavía.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Leo que en Játiva van las monjas trashumantes á confesarse con los escolapios á altas horas de la noche.

Que hace pocos días, al salir á las tres de la madrugada de tan sospechosa ocupación, tropezaron con unas beatas que se encaminaban al templo á tomar vez antes que la aurora asomase su poética faz.

Que en poco estuvo que por celos místicos no se tirasen del columpio de las liendres, y

Que sabedores los escolapios del suceso, comisionaron al P. Hermenegildo para que desde el púlpito les dijera unas cuantas frescas á las beatas madrugadoras, como así lo hizo.

Y que ahora las beatas están que trinan contra monjas y escolapios.

Espero recibir pronto la noticia de que una madrugada se han azotado furiosamente en las calles de Játiva varias beatas y varias monjas. Los celos místicos son terribles.

Tarín, el jesuita cómico, se lamentó en Ciudad Real de las muchas ediciones que, por desgracia, habíamos hecho de *La Religión al alcance de todos*.

Y las que se harán, compadre, para desesperación y ruina del clericalismo. Donde ese libro cae no son posibles los embustes y las patrañas, y menos la requisa de bolsas.

Tomad tila.

Un misionero arremetió en Gallarta contra una pobre anciana de sesenta años que se gana la vida vendiendo periódicos, incitando á los católicos á que «la cogieran, la arrastraran, la apedrearán, le quitarán los periódicos y se los llevarán á él, que él los quemaría en presencia de todos.»

Y no cayó en saco roto la piadosa escitación, porque un guardia civil la detuvo, así como á un nieta suyo de 9 á 10 años, conduciendo á ambos al cuartel. Y gracias á que el jefe del puesto tiene sentido común fueron puestos inmediatamente en libertad.

A cosas parecidas á estas, amen de agenciarse cuartos, es á lo que van los frailes á los pueblos. No pasan por uno sin dejarlo lleno de rencillas, agravios y rencores.

El cura de San Andrés de Lueña exige de sus fieles que se lo paguen todo adelantado.

Poca confianza tiene en los que amamanta á sus pechos religiosos. Se conoce que está convencido de que sus enseñanzas no producen efecto, y que no han de pagarle, por lo tanto.

Refiere *El Mercantil Valenciano*, que en una casa de comidas inmediata al Mercado disputaban dos labradores el miércoles santo; el uno quería comer carne y pescado, y el otro se oponía á mezclar.

En medio de la disputa, suspende su argumentación el que se oponía á la mezcla de la carne y del pescado para no ofender á Dios, y le dice á su compañero: «Voy á ver si puedo meterle dos pesetas falsas al mozo, ahora cuando le pague.»

Ni en fotografía quedará mejor retratado el católico. Como ese hay muchos.

Y el que no es así, y obra siempre con decencia, lo hace, no por ser católico, sino á pesar de serlo.

Y que no daba gusto ver al cura de San Bartolomé en Pontevedra pegando sopapos á unos niños que jugaban junto á la iglesia!

Estuvo hecho un héroe. Lo mismo le daba dar veinte cachetes, que treinta.

«¡Dejad que los niños se acerquen á mí!, debería haber exclamado, como Cristo, añadiéndole únicamente este piadoso estrambote: «Para romperles el bautismo que por dinero les administré á pesar de ser un Sacramento.»

El cura del Pueblo Nuevo del Mar dice desde el púlpito á sus feligreses que en vez de sesos tienen un boniño.

Voto con el cura. Si no fuera verdad lo que dice, ¿harían caso de él para nada?

Un colega valenciano dice que ha habido un jollín tremendo entre los que explotan la iglesia de San Martín, resultando un herido, que fué curado en la farmacia del Sr. Fabiá.

¿Ha intervenido el juzgado correspondiente? Hasta ahora no. Los que viven de echar tierra á los muertos, encuentran siempre quien le ayude á echársela á los asuntos en que pueden salir perdiendo algo.

Murió un obrero en el altar de San Vicente (Valencia), y en vez de socorrer los curas á su familia, es una hermana del muerto la que pide limosna para darles dinero á cambio de misas.

Está visto; no hay forma de impedir que el dinero vaya, por unos caminos ó por otros, á manos de los que dicen que su reino no es de este mundo.

¡Pobre señorita! Salía de la Iglesia de Santa Noña (León) y se fracturó una pierna.

Dios castiga, según dicen los curas, á cuantos andan en malos pasos.

Debe de haber excepciones, como en el caso este.

Lo que digimos en el número anterior que había ocurrido en Guadalcanal, ocurrió en Cazalla.

Un error de copia nos hizo trocar el nombre del lugar del siniestro.

DISPAROS

Jba á escribir un artículo sobre el incendio del Bazar de la Caridad en París, cuando leí el que Blasco Ibañez ha publicado en *El Pueblo*.

Y lo reproduzco, ya que está inspirado en el criterio con que yo pensaba escribir el mío, para hacerles un favor á mis lectores, y contribuir á que circule trabajo tan hermoso.

Se llamaba Francisco Festera, vivía en Avila, era jornalero, tenía cuarenta años, mujer y dos hijos, y fué despedido del trabajo.

Al verse sin recursos y á su familia muerta de hambre, después de buscar inutilmente nueva colocación, desesperado, se atravesó el cuello con una pequeña navaja.

Se descubrió el cadáver junto al paseo de San Roque, de esta manera:

Los hijos de Francisco (el mayor de diez años) que jugaban por allí, lo encontraron.

—¡Cuánto se parece este hombre á mi padre!—dijo el menor.

—¡El es!—exclamó el mayor, reconociéndole.

Y horrorizados, sin poderse mover, cayeron sobre el pobre suicida, hasta que á los gritos de los niños acudieron varias personas.

Este sencillo relato contiene mas cantidad de horror trágico que el incendio del Bazar de la Caridad.

Hambre, desesperación, suicidio, y una mujer y dos niños con la miseria por toda perspectiva...

¡Alabemos al Señor sin cuya voluntad no se mueve ni la hoja en el árbol!

Los mineros de Bilbao tienen la inaudita pretensión de no permanecer diecisiete horas bajo tierra, sin luz y respirando un aire inficionado.

Nuestros lectores comprenderán la sinrazón con que se quejan, en el momento que les digamos que cobran por esa mezquina molestia ¡nada menos que tres reales! Algunos se atreven sin avergonzarse á cobrar ¡hasta cuatro!

Y no vaya á creerse que por cada hora, no; los caballeros cobran esa enorme cantidad por trabajar únicamente las diecisiete horas consabidas.

Como de mí dependiera, metería á cada uno de esos egoístas en un hábito de fraile, para que supieran lo que es pasar fatigas en el mundo.

Dice un periódico neo, hablando de la catástrofe de París, que bien pudiera ser una terrible advertencia providencial á los que ejercen la caridad bajo la forma de diversión.

¡Pues vaya una manera de advertir! Con tres ó cuatro avisos de esa clase, no quedaría un católico de posibles para contarlos.

Me parece un poquillo aventurado eso de llamar Providencia á un ser, omnipotente (según dicen), que no encuentra medio más apropiado para que se cumpla su voluntad que el de convertir en cenizas á los que desea traer al verdadero camino.

Desmontaban en Valencia el tablado del altar que sirvió para la representación de los *miracles* de San Vicente en la plaza de la Constitución; se rompió el andamiaje, y nada, un obrero muerto y el otro gravísimo.

¿Si será también esto un aviso de la Providencia para que los obreros dejen á curas y frailes la piadosa tarea de subir á los andamios, ya que son ellos los que sacan el provecho?

¡Quién sabe!

En la estación de Sanchocillo fué apedreado el tren por unos salvajes, que causaron varios destrozos é hirieron al maquinista.

Se estarán adiestrando para cabecillas carlistas. De seguro que esos animales van á misa y confiesan.

Hace pocos días fué encontrado desfilado de hambre en el Retiro un licenciado de Cuba siendo socorrido por el general Contreras.

Mal hizo el general. Debió dejarle morir, para que pagase la torpeza que cometió al defender la patria, en vez de haberse hecho fraile, con lo cual se hubiera librado del servicio militar.

Aquí encaja bien aquello de, «quien tal hizo que tal pague.»

Distancias de las estrellas, cometas, estrellas fugaces, bólidos etc., por Camilo Flammarion.—Biblioteca de *La Irradiación*.—Barrio de Doña Carlota. Madrid.—Precio: 25 céntimos.

La protección de la mujer y su influencia social, por Agustín Cid. 50 céntimos. Fuencarral, 106, bajo.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

FOLLETO 1.º

EL BANDIDO CUCALA.—ORGÍA DE VINO Y SANGRE EN SAGUNTO.—ASESINATOS EN RECHÍ.—FUSILAMIENTOS EN VINARÓZ Y SEGORBE.—*El Requeté*.

ASALTO Y SAQUEO DE CUENCA.—ASESINO Y MARQUÉS DEL PAPA.—TIGRE TONSURADO.

15 céntimos, (10 para los suscriptores).

El lunes próximo se pondrá á la venta el folleto 2.º

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.